

sonalmente el terreno, sabían las tradiciones y antecedentes de la Casa ducal y de Tarifa.

Como siempre debió ocurrir y según sucedería en el posterior asedio de 1340, que dió lugar a la batalla del Salado, del que la Crónica del Rey Alfonso XI nos proporciona expresivos pormenores, los moros y el Infante desembarcaron en la isla y en los arenales, de donde iniciaron los ataques contra el torreón, que por eso mismo habría de llamarse después *la Torre de Don Juan*, por haber plantado éste sus tiendas cerca de él. Hasta se dice que el Infante trató de levantar otra torre para combatirlo, en un cerro cercano, que pudiera ser el de Santa Catalina, cuya actuación tuvo que ser constante en toda la vida histórica de Tarifa y en donde en 1340 los moros armaron cuatro ingenios contra el mismo torreón, que por su destacada posición y robustez, será el exponente mayor de los recintos de la plaza.

Como el torreón se resistiera, se vieron obligados a recurrir al alevoso medio de la intimidación a don Alonso de Guzmán, medio que para el vil Infante no era nuevo, porque dos años antes el mismo procedimiento le había valido la posesión del Alcázar de Zamora donde en ausencia de su esposo, el Alcaide Gutiérrez Pérez, su angustiada mujer había entregado la fortaleza, a cambio de la vida de su hijo, niño también de poca edad. Fue entonces cuando, según las verídicas puntualizaciones de Barrantes Maldonado, don Alonso «*salió del castillo a la torre del Cubo, por el adarve que se hace ante la puerta y, luego de tirar el puñal, se fue a meter (de nuevo) en el castillo, que estará a unos 50 pasos de la torre*».

Pudiera creerse que por el conocimiento directo del terreno, los cronistas, pues que Pedro de Medina da parecidas precisiones y ambos escribían hacia los mediados del siglo XVI, habían compuesto o imaginado por sí propios los hechos. Pero, aparte de que la torre y coracha existían desde antes de la reconquista de la plaza, efectuada solamente dos años antes y de los sucesos ocurridos en el referido asedio de 1340, que confirman plenamente el modo invariable de los ataques al castillo, los fondos tradicionales del pueblo, que aunque, a veces, algo desvirtuados, conservan siempre un positivo valor histórico, coincidían perfectamente con lo descrito por Medina y Barrantes Maldonado.

Si a su señalado mérito arquitectónico unimos la significación de tan heroico rasgo, se verá lo que para todos los españoles suponen esa torre y ese muro, y nadie extrañará la sentida emoción con que al cruzarlos y ascender a sus adarves, nuestra espíritu enternecido saludaba y se descubría ante tan altos y gloriosos recuerdos. Don Alonso de Guzmán, según lo demostró su vida entera y hasta su noble y temprana caída, en las Peñas de Gaucín fue fuente de lealtad, y si bien no hacía otra cosa que cumplir con sus deberes de Alcaide, tal como expresamente